

# Notas sobre los cortes de rutas. Identidades colectivas y acción colectiva en Argentina (1996-2001)\*

MELCHOR ARMESTO\*\*

INTRODUCCIÓN: DOS EPISODIOS Y UN PROCESO

**E**L 20 de junio de 1996 la principal radio de Cutral-Có y Plaza Huincul (Neuquén) informaba a la población sobre la suspensión de las negociaciones que mantenía el gobierno provincial con una empresa canadiense (Agrium) para radicar en la zona una fábrica de fertilizantes que, se esperaba, generaría fuentes de trabajo. El frío patagónico no impidió que cerca de 20.000 manifestantes, ese mismo día, cortaran primero la ruta nacional 22 y luego la totalidad de los accesos que comunican con el resto de la provincia. El 26 de junio, el gobernador Felipe Spag se reunió con una «comisión de representantes de los piquetes». Tras una semana accedía a una de las demandas que a gritos se exigía sobre la ruta: «que venga Felipe». Por la tarde, tras la firma de un acuerdo, se puso fin a los cortes de ruta<sup>1</sup>.

---

\* Una primera versión de este trabajo fue discutida en el seminario «Elites culturales, movilización e identidades colectivas», Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos (Universidad Complutense de Madrid) en mayo de 2002. Quiero expresar mi agradecimiento a José Álvarez Junco, Rafael Cruz, Marisa Revilla y Marta Latorre Catalán, quienes con sus críticas y comentarios contribuyeron a mejorar este texto.

\*\* Departamento de Sociología I (Cambio Social). UCM. e-mail: *melba2@hotmail.com*. Dirección Postal: Paseo de las Delicias 28, 3 D (derecha).

<sup>1</sup> El de Cutral-Có y Plaza Huincul no fue, estrictamente, el primer corte de ruta: en 1991 los trabajadores de Hipasam, una empresa minera de propiedad estatal, realizaron un corte de ruta pionero en Sierra Grande (Río Negro). Lo propio hicieron, ese mismo año, los habitantes de General Mosconi para oponerse a la privatización de YPF. A fines de 1994 se realizó un corte de ruta en Senillosa (Neuquén) protagonizado por obreros de la construcción. La experiencia de Cutral-Có y Huincul es, sin embargo, el punto de referencia ineludible para los protagonistas del movimiento que haría de los cortes su principal herramienta de lucha -el movimiento piquetero. Para un excelente análisis sobre los acontecimientos de Cutral-Có y Plaza Huincul, véase Javier Auyero, «La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino», manuscrito, 2002; y «Repertorios insurgentes en Argentina contemporánea», en *Iconos*, 15, 2003, págs. 44-61, 2003.

La experiencia de beligerancia popular de Neuquén fue aprendida, ejercitada y difundida a lo largo de todo el territorio durante los cinco años siguientes. El 24 de julio de 2001, en La Matanza (provincia de Buenos Aires) se celebró la I Asamblea Nacional de Organizaciones Populares, Territoriales y de Desocupados. Para simpatizantes, antagonistas y observadores este fue el primer *congreso del movimiento piquetero*<sup>2</sup>.

La convocatoria tenía objetivos claros y precisos: avanzar en la coordinación de las luchas a nivel nacional, mejorar los niveles de organización del movimiento y diseñar estrategias conjuntas para enfrentar el nuevo ajuste del gobierno. La asamblea resolvió «realizar cortes progresivos en las principales 50 rutas del país a partir del martes próximo, 31 de julio y de 48 y 72 horas para los martes siguientes; reclamar la liberación de los presos sociales; rechazar el plan de ajuste del gobierno nacional, adoptado para lograr el déficit cero; la conservación de todos los planes «Trabajar», y la adjudicación de nuevos planes para los jefes y jefas de familia desocupados»<sup>3</sup>.

El lunes 30 el Parlamento aprobó el decreto de ajuste que había enviado el poder ejecutivo. El martes se inició la primera jornada de movilizaciones y protestas de alcance nacional por fuera de las estructuras de las principales centrales sindicales y los partidos políticos. Se realizaron cortes de rutas simultáneos en el Gran Buenos Aires, la Capital Federal, Mar del Plata y La Plata y en las provincias de Tucumán, Chaco, Jujuy, Salta, Misiones y Neuquén. Uno de los referentes del movimiento piquetero dijo: «Ha sido una jornada histórica y en paz. *Irrumpe un nuevo movimiento social en la Argentina* contra el modelo neoliberal y la represión»<sup>4</sup>.

En el período que va desde los cortes de Cutral-Có y Plaza Huincul (1996) hasta las jornadas de cortes a nivel nacional (2001) se re-

---

<sup>2</sup> Más adelante ofreceré una definición más precisa de este movimiento. Por ahora bastará decir que agrupa a diversos actores sociales, que tiene un alcance nacional y que ha adoptado el corte de rutas nacionales y provinciales como principal forma de acción colectiva de confrontación. Ello no significa, por supuesto, que el corte de ruta sea la *única* forma de acción, ni la *única* estrategia empleada por el movimiento piquetero para alcanzar sus objetivos.

<sup>3</sup> Observadores y protagonistas señalan el ajuste decretado por el gobierno de Fernando De la Rúa (el séptimo en un año y medio) como el detonante que aceleró los preparativos de la asamblea, la cuál estaba prevista desde hacía tiempo. Sobre los antecedentes de la asamblea véase Luis Oviedo, *Una historia del movimiento piquetero*, Buenos Aires, Rumbos, 2001, págs. 41-42 y 125-127. Véase el informe de Eduardo Lucita sobre la asamblea [<http://www.laneta.apc.org/pipermail/fzln-l/2001-July/001348.html>]. *Documentos del conflicto*, en *Cuadernos del OSAL - La protesta social en Argentina*, Buenos Aires, septiembre, 2001.

<sup>4</sup> La frase corresponde a Luis D'Elía. Diario *Clarín*, 1 de agosto de 2001.

gistran dos procesos íntimamente vinculados en el campo de la beligerancia popular. Por un lado, la emergencia y consolidación de los cortes de ruta como la forma de acción colectiva de confrontación más frecuentemente utilizada para plantear demandas y reivindicaciones a las autoridades<sup>5</sup>. Por el otro, la creación y fortalecimiento de las numerosas organizaciones de trabajadores desocupados que confluyeron en la emergencia del movimiento piquetero.

Los cortes de ruta son una forma de acción colectiva de confrontación y el movimiento piquetero un movimiento social. La literatura sobre acción colectiva y movimientos sociales ha abordado una importante variedad de problemas teóricos y empíricos<sup>6</sup>. Aquí me interesa particularmente uno: cuáles son los vínculos entre la acción colectiva de confrontación y los procesos de construcción de la identidad colectiva de sus protagonistas. En este trabajo se explora, precisamente, la relación entre «cortes de ruta» e «identidad piquetera».

---

<sup>5</sup> Sigo aquí las oportunas indicaciones de Gloria Martínez Dorado («Introducción: temas y problemas de sociología histórica», en *Política y Sociedad*, 18, 1995, págs. 5-13 [especialmente pág. 9 y nota 1]) sobre la traducción de los términos «contentious» y «contentious collective action» y «contentious politics». Respectivamente estos serán traducidos como: confrontación, acción colectiva de confrontación, política de confrontación.

<sup>6</sup> Entre otros: cómo se produce y por qué se transforma la acción colectiva; en qué medida esta asume un carácter cíclico; qué tipo de procesos de movilización involucra; cómo se forman los movimientos sociales; cuáles los recursos que movilizan; qué tipo de redes activan; cómo se plantean los desafíos a las autoridades y de qué modo éstas enfrentan tales desafíos; cuáles son las estructuras de oportunidad política que hacen posible la acción colectiva y los movimientos; cuáles son las estructuras organizativas de los movimientos; de qué modo se construyen los significados de la protesta; y cuáles los procesos de construcción de la identidad colectiva de sus protagonistas. Para una aproximación a estos problemas, véanse Charles Tilly, *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, Cambridge, USA, The Belknap Press of Harvard University Press, 1986; Bert Klandermans, Kriesi Peter Hans y Sidney Tarrow (eds.), *From structure to action: comparing social movement research across cultures*, Londres, JAI Press Inc., 1988; Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997; John D. McCarthy y N. Zald Meyer, «Resource mobilization and social movements: a partial theory», en *American Journal of Sociology*, vol. 82, Issue, 6, págs. 1212-1241; Zald y McCarthy, *Social Movements in an organizational society*, New Jersey, Transaction Publishers, 1987; Alain Touraine, *The voice and the eye. An analysis of social movements*, Massachusetts, Cambridge University Press, 1981; A. Morris y M. Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press, 1992; Alberto Melucci, *Challenging Codes. Collective action in the information edge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; Johnston y Klandermans (eds.), *Social movements and culture*, Londres, UCL, 1995; Alessandro Pizzorno, «Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional», en *Sistema*, 88, 1989; «Identidad e interés», en *Zona Abierta*, 69, 1994; D. McAdam, J. D. McCarthy y M. Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

Los trabajos que han analizado los cortes de ruta en Argentina coinciden en señalar su «novedad», su carácter «no convencional» y su generalización. En general tienden a destacar los procesos de ajuste y reforma estructural del estado en el origen del incremento de la protesta durante este período<sup>7</sup>. Las explicaciones sobre la emergencia del movimiento piquetero corren por caminos similares<sup>8</sup>. No obstante, otros han señalado las limitaciones que enfrentan las explicaciones sobre la beligerancia popular basadas exclusivamente en la evolución de procesos económicos y han indicado la necesidad de incorporar la dimensión política en el análisis de la acción colectiva<sup>9</sup>.

Los investigadores han enfatizado distintos aspectos de los cortes de ruta. Algunos los han interpretado como componentes de un «nuevo repertorio» de acción colectiva: los cortes de ruta pertenecerían a este nuevo repertorio en la medida en que presentan características notoriamente distintas del «repertorio clásico» de la protesta laboral argentina protagonizado por el sindicalismo a través de huelgas y paros generales<sup>10</sup>. Otros ven en esta forma de acción colectiva, y en la formación del movimiento piquetero, la manifestación de un «nuevo» movimiento contra el capitalismo neoliberal y analizan particularmente sus vínculos con el papel jugado por la «clase obrera»<sup>11</sup>. Hay quienes han abordado el estudio de esta forma de la beligerancia popular desde la perspectiva de la micro historia y a través de técnicas etnográficas: para estos trabajos las protestas obedecen a una particular conjunción de elementos estructurales, locales y biográficos<sup>12</sup>. Otros han concentrado su análisis en las transformaciones de las identidades colectivas de los sectores populares<sup>13</sup>. Las interpretaciones más in-

---

<sup>7</sup> Véase Aguilar y Vázquez, «De YPF a La Ruta: Un Acercamiento a Tartagal», en Panaia, Aparicio, y Zurita, *Trabajo y Población en el Noroeste Argentino*, Buenos Aires, La Colmena, 2000, págs. 327-345.

<sup>8</sup> Véase Oviedo, ob. cit.

<sup>9</sup> Javier Auyero, «La vida en un piquete...», ob. cit.

<sup>10</sup> Mariana Farinetti, «¿Qué queda del 'movimiento obrero'? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina», en *Trabajo y Sociedad*, 1, julio-septiembre, Santiago del Estero, 1999.

<sup>11</sup> Véanse Ana C. Dinerstein, «El poder de lo irrealizado en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización», en *Cuadernos del OSAL*, ob. cit.; Carrera y Cotarelo, «Clase obrera y protesta social en la Argentina de los '90», en *Revista América Libre*, 16, noviembre, 1999; Verónica Maceira y Ricardo Spaltenberg, «Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina», en *Cuadernos del OSAL* ob. cit.; Isabel Rauber, «Piquetes y piqueteros en la Argentina de la crisis. Cerrar el paso abriendo caminos», en *ALAI, América Latina en movimiento*, 2002 ([http://alainet.org/active/show\\_news.phtml?news\\_id=2927](http://alainet.org/active/show_news.phtml?news_id=2927)).

<sup>12</sup> Auyero, ob. cit.

<sup>13</sup> Véase Scribano y Schuster, «Protesta social en la Argentina de 2001: entre la

terezantes son aquellas en las que se combina una mirada sobre los procesos estructurales de cambio social con otra que enfoca las dinámicas de nivel micro en las que se desarrollan los procesos de movilización de la acción colectiva<sup>14</sup>.

Teniendo como horizonte algunas de estas líneas de investigación, el principal objetivo de este trabajo es contribuir a la reflexión sobre un proceso que aún no ha concluido. Para ello me propongo explorar los trazos más gruesos de un marco analítico posible para su interpretación.

Mi supuesto inicial es que la crisis y reforma del estado produjo un conjunto de efectos que contribuyeron al desarrollo de procesos de (re)constitución de identidades colectivas en el marco de: *i*) un nuevo tipo de acción colectiva de confrontación y *ii*) la emergencia del movimiento «piquetero». Aportaré elementos para validar este punto de partida. Para ello, en la primera sección, me serviré de una serie de argumentos que ponen en relación los siguientes conceptos: identidades colectivas, incertidumbre, círculos de reconocimiento, acción colectiva, movimientos sociales y marcos interpretativos. A través de ellos definiré una perspectiva teórica posible para el análisis que me propongo. En la segunda sección voy a describir muy brevemente el proceso de reformas estructurales del estado que tuvo lugar en Argentina en la década de los 90 con el objeto de indicar de qué modo sus efectos han contribuido a la emergencia de los cortes de ruta y el movimiento piquetero. Ello no significa, en modo alguno, establecer una causalidad mecánica entre el proceso de reformas económicas del estado y el aumento de los conflictos sociales. De hecho, una parte importante de la literatura ha observado, a veces con sorpresa, que aún en contextos de profunda crisis económica y social, es decir, en contextos donde se extendió notablemente el grupo de los «perdedores» de las reformas, no se haya registrado un incremento de la conflictividad social<sup>15</sup>. Mi intención es, por un lado, describir el

---

normalidad y la ruptura», en *Cuadernos del OSAL*, ob. cit.; Paula Lenguita, «Los desafíos teóricos de la 'identidad piquetera'», ponencia presentada en el *Primer Congreso Nacional sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas*, y publicada por la cátedra «Principales Corrientes del Pensamiento Contemporáneo», Carrera de Comunicación (UBA), 2001.

<sup>14</sup> El mejor ejemplo es Auyero, «Repertorios insurgentes...», ob. cit.

<sup>15</sup> Para distintas explicaciones sobre la tolerancia social a los ajustes y reformas del estado, véanse Ludolfo Paramio, «Perspectivas de la democracia en América Latina», en Fabián Caparrós (comp.), *Responsa Iurisperitorum Digesta*, Salamanca, 2000, págs. 175-198; Ludolfo Paramio, «Las dimensiones políticas de las reformas económicas en América Latina», en *Zona Abierta*, 88-89, 1999, págs. 5-74; Carlos Acuña y William Smith, «La economía política del ajuste estructural: la lógica de apoyo y oposición a las reformas estructurales», en *Desarrollo Económico*, vol. 36, núm. 141, 1996; Juan Carlos Torre, *El proceso político de las reformas eco-*

contexto general en el que se producen las confrontaciones, y, por otro, señalar de qué modo cuestiones tales como el aumento de la desocupación y la creciente desconfianza hacia los partidos políticos, pueden ser interpretados en términos de rupturas de «círculos de reconocimiento». Si se aceptara este argumento, tendríamos buenas razones para suponer que los cortes de ruta primero, y la emergencia del «movimiento piquetero» más tarde, expresan, simultáneamente, *a)* un contexto de «exclusión respecto de las identidades colectivas y las voluntades políticas que actúan en una sociedad en un momento dado» y *b)* el proceso de (re)constitución de una identidad colectiva, por fuera del ámbito político institucional, a través de una forma específica de acciones colectivas de confrontación<sup>16</sup>. En la tercera sección, a través del análisis de marcos interpretativos intentaré mostrar cómo es que se «enmarca» este tipo de acción colectiva (el corte de ruta). Ello me conducirá a indicar algunas características preliminares que asume la identidad colectiva de aquellos que cortan las rutas: «los piqueteros».

#### IDENTIDAD COLECTIVA, INCERTIDUMBRE Y MOVIMIENTOS SOCIALES

El punto de partida de este ensayo es que el proceso de reformas del estado produjo un conjunto de efectos que contribuyeron al desarrollo de procesos de (re)constitución de identidades colectivas en el marco de una nueva forma de acción colectiva de confrontación, y a través de la emergencia del movimiento piquetero. Como resulta evidente, en la formulación que hago del problema parto de las siguientes premisas: *a)* las identidades colectivas resultan de un proceso, *b)* el espacio en el que tiene lugar el proceso de (re)constitución de las identidades colectivas es el de la acción colectiva y los movimientos sociales, *c)* la crisis y reforma del estado contribuyó al desarrollo de *a* y *b*<sup>17</sup>. En lo que sigue presentaré el esquema teórico desde el que es posible justificar este punto de partida.

---

*nómicas en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1998; Mario Navarro, «Democracia y reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico», en *Desarrollo Económico*, vol. 35, núm. 139, octubre-diciembre, 1995.

<sup>16</sup> Marisa Revilla, «El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido» en *Zona Abierta*, <sup>o</sup> 69, 1994, págs. 181-213.

<sup>17</sup> Utilizo la palabra (contribución), por cierto, poco feliz, para limitar cualquier interpretación mecánica entre el proceso de reformas del estado, el surgimiento de la acción colectiva y la conformación de identidades. Ello implica, asimismo, que no se asume una relación directa entre la existencia de «descontentos» y la producción de la acción colectiva. Más adelante volveré sobre esta cuestión.

Entenderé por identidad colectiva el resultado de un proceso interactivo y compartido que le permite a un conjunto de individuos definirse como grupo y, a la vez, definir el ambiente que los rodea<sup>18</sup>. Desde esta perspectiva, las identidades colectivas son construcciones sociales que resultan de procesos históricos específicos. Según Melucci, una identidad colectiva «debe concebirse como un proceso, porque se construye y negocia a través de la activación repetida de las relaciones que unen a los individuos»<sup>19</sup>. Al referirme a la (re)constitución de identidades colectivas estaré indicando, precisamente, los procesos a través de los cuáles los individuos participan y se implican en la definición de su propia identidad como grupo y la del ambiente<sup>20</sup>.

En segundo lugar, en la formulación que hago del problema estoy relacionando el concepto de identidades colectivas con el de acción colectiva y movimiento social. La pregunta aquí sería: ¿por qué los individuos habrían de participar de una acción colectiva o en un movimiento social?<sup>21</sup> Un primer tipo de respuesta es la que ofrecen los modelos estructurales: la participación de los individuos está garantizada por la posición que ocupan en un sistema o estructura de relaciones determinado. Para este tipo de explicación, en realidad, la pregunta carece de importancia. La acción colectiva

---

<sup>18</sup> Seguiré en este trabajo la perspectiva constructivista de la acción desarrollada por Melucci. Véanse Alberto Melucci, «Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales», en *Zona Abierta*, 69, 1994, págs. 153-180; y *Challenging Codes*, ob. cit. Para una crítica general del concepto de identidad y en particular a los enfoques constructivistas, véase Brubaker y Cooper, «Beyond "identity"», en *Theory and Society*, 29, 2000, págs. 1-47. Algunas de las críticas de estos autores serán oportunamente contempladas en este trabajo.

<sup>19</sup> Melucci, «Asumir un compromiso...», ob. cit.

<sup>20</sup> Al definirla fundamentalmente a través de su carácter procesual soy consciente del siguiente problema: «la palabra identidad... es semánticamente inseparable de la idea de permanencia y quizás es, por esta importante razón, poco adecuada para el análisis procesual para el que estoy argumentando» (Melucci, «The process of collective identity», en Johnston y Klandermans [eds.], *Social movements and culture*, ob. cit.). Por razones de espacio no puedo presentar una discusión acabada sobre este punto. Tan solo diré que no estoy abogando por una idea de identidad que sea resultado de: *a)* el *final* de un proceso ni *b)* la fijación constante de un sentido en la definición del grupo y del ambiente. Por el contrario, el proceso es permanente, y la definición que hacen de sí mismos y del ambiente los actores está sometida continuamente al proceso de su *redefinición*. En este sentido, la permanencia de las definiciones no está asegurada temporalmente, y es contingente a la implicación de los individuos en la acción colectiva y a las estrategias de los oponentes (gobierno).

<sup>21</sup> Esta es una pregunta clásica en los estudios sobre acción colectiva y movimientos sociales. Para una discusión sobre este problema, véase Jean L. Cohen, «Strategy or Identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements», en *Social Research* vol. 52, núm. 4, 1985, págs. 663-716.

está determinada por factores estructurales. Esta perspectiva, sin embargo, es insuficiente para explicar: *a*) que haya individuos que, compartiendo una misma posición estructural, deciden no participar, y *b*) que las formas concretas de acción colectiva varíen significativamente entre actores que ocupan la misma posición estructural. Un segundo tipo de respuesta es la que ofrecen los modelos basados en la racionalidad y las preferencias de los individuos. Los individuos habrán de participar en una acción colectiva cuando, en función de determinadas preferencias, los beneficios esperados de tal acción superen los costos de la misma. Este tipo de explicación resulta insuficiente ya que: *a*) la acción colectiva es presentada como la agregación de acciones basadas en el interés individual, *b*) no explica de qué modo los individuos reconocen lo que tienen en común (intereses) y *c*) no se detiene en los mecanismos a través de los que los individuos deciden y negocian cómo actuar conjuntamente<sup>22</sup>.

Es posible ofrecer un tercer tipo de explicación. Según Melucci, la propensión de un individuo a implicarse en la acción colectiva está ligada a «la capacidad diferencial para definir una identidad, esto es, al acceso diferencial a los recursos que le permiten participar en el proceso de construcción de una identidad»<sup>23</sup>. Desde esta perspectiva, el proceso de construcción de una identidad colectiva podría parecer «anterior» al desarrollo de la acción colectiva, o, al menos en principio, como producido por fuera de ella<sup>24</sup>. La pregunta inicial parecería desplazarse hacia esta otra: ¿qué motiva a los individuos a utilizar esos recursos, a invertir su capacidad en definir una identidad, a participar en el proceso de su construcción? Evidentemente no podemos responder haciendo referencia a las expectativas del individuo respecto de las posibilidades de su acción. Ello implicaría, como correctamente señala Melucci, una capacidad (anterior) para definirse a sí mismo y a su ambiente, es decir, una identidad. Para dar respuesta a esa pregunta habrá que examinar la relación entre motivación individual y colectiva. La motivación para participar no puede considerarse «exclusivamente como una variable individual» si bien opera a nivel del individuo<sup>25</sup>. En la perspectiva de Melucci se conjuga el nivel colectivo e indivi-

---

<sup>22</sup> Melucci, ob. cit., pág. 167.

<sup>23</sup> Melucci, ob. cit., pág. 174.

<sup>24</sup> En efecto, Melucci sostiene que una identidad colectiva «proporciona la base para la definición de expectativas y para el cálculo de los costes y beneficios de la acción» (ob. cit., pág. 172). De allí que sostenga que toda teoría de la acción que introduzca el concepto de expectativa (como lo son las teorías de la acción racional) implica una subyacente teoría de la identidad.

<sup>25</sup> Melucci, ob. cit., pág. 169.

dual de la motivación: si bien está enraizada en el individuo (es este quien decide), debemos considerar que tal motivación se construye y consolida en interacción. Para participar es necesaria una estructura de incentivos (que operan a nivel del individuo), pero el valor de tales incentivos «se origina en el nivel de las redes de relaciones entre los individuos», es decir, asume siempre un carácter social<sup>26</sup>.

Es posible realizar una nueva aproximación a esta cuestión para mostrar que sería un error considerar la construcción de identidades colectivas como procesos «anteriores» a, o producidos por fuera de, la propia acción colectiva. Seguiré aquí la siguiente hipótesis: la identidad colectiva es, al mismo tiempo, un incentivo para la acción y su resultado<sup>27</sup>.

En su crítica a las teorías de la elección racional Pizzorno sostiene que estas fallan al presuponer aquello que, por el contrario, debe demostrarse: «la identidad del actor que calcula el interés»<sup>28</sup>. Según Pizzorno, la teoría de la elección racional descuida dos aspectos fundamentales: *a*) la intertemporalidad de las preferencias, el hecho de que las consecuencias de una elección hecha por mí ahora tendrán lugar cuando mi forma de ordenar las preferencias haya cambiado y *b*) la irreductibilidad de la incertidumbre que supone toda elección. Lo que discute es, por tanto, uno de los requerimientos del principio de la racionalidad: que se puedan anticipar las utilidades de las elecciones. El problema es que tal anticipación, desde esta perspectiva, no afectará al yo que hizo la elección sino a otro sucesivo<sup>29</sup>. Para Pizzorno, el individuo es una «retahíla de yoes». Ello conduce al segundo punto de su argumentación: las teorías de la elección racional fallan al no reparar en que toda elección implica enfrentar una situación de incertidumbre: cómo evaluarán yoes futuros los resultados de tal elección. El concepto de incertidumbre se refiere a la imposibilidad de conocer si el orden actual de preferencias, por el cual deduzco mi interés y determino mis expectativas, seguirá siendo el mismo mañana<sup>30</sup>. ¿De qué modo el individuo puede enfrentar la «incertidumbre valorativa» presente en cada decisión? El concepto de identidad colectiva, desde la pers-

---

<sup>26</sup> Véanse también Sidney Tarrow, *El poder en movimiento...*, ob. cit., pág. 54; Friedman y McAdam, «Collective identity and activism: networks, choices, and the life of a social movement», en Morris y Mueller, *Frontiers in Social Movement Theory*, ob. cit., págs. 156-173.

<sup>27</sup> Esta hipótesis está formulada, aunque de manera levemente diferente en Revilla, ob. cit.

<sup>28</sup> Alessandro Pizzorno, «Identidad e interés», ob. cit., pág. 136.

<sup>29</sup> Alessandro Pizzorno, «Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional», ob. cit., pág. 37.

<sup>30</sup> Revilla, ob. cit., 192.

pectiva de Pizzorno, apunta a resolver esta cuestión. La identidad colectiva les permite a los individuos reducir la incertidumbre: «la condición especial, que permite delinear algún tipo de comparación, es la constitución del estado de identidad de una persona a través del tiempo». La identidad de una persona depende de la estabilidad de lo que denomina «círculos de reconocimiento». Los círculos de reconocimiento proveen a los individuos de «vínculos horizontales con los yoes de otras personas» y cuando estos son estables «no hay necesidad de recurrir a yoes futuros para asentar los estándares de nuestra acción actual». Los círculos de reconocimiento permiten sortear los desafíos que plantea la incertidumbre valorativa<sup>31</sup>.

En la argumentación de Pizzorno una persona se define como tal en función de sus hábitos, valores y creencias. Pero hábitos, valores y creencias sólo adquieren significación en la medida en que son reconocidos por aquellas personas con las que un individuo traba relación. De allí que una persona —un yo— pase a ser otra diferente cuando «el grupo, la pareja, la organización o el movimiento que producen los valores que permitían a esa persona actuar, elegir, juzgar personas o ideas de una determinada manera, sentir ciertas emociones, deja de existir *para ella*»<sup>32</sup>. La identidad de una persona se define, como las motivaciones en el caso de Melucci, en interacción<sup>33</sup>.

Podemos ahora volver sobre los interrogantes planteados más arriba y formular el argumento teórico pertinente para nuestra hipótesis: a) ¿por qué los individuos habrían de participar en una acción colectiva? y b) ¿qué motiva a los individuos a utilizar recursos para participar en el proceso de construcción de una identidad colectiva? Es razonable suponer que los individuos participan del proceso de construcción de una identidad colectiva para reducir la incertidumbre valorativa sobre su propio yo futuro. Asumiendo este punto de vista, además, es posible enfrentar el desafío planteado por Olson en *La lógica de la acción colectiva*<sup>34</sup>. Si el único objetivo

---

<sup>31</sup> Pizzorno, «Algún otro tipo...», ob. cit., 37-38 y 39-41. Para una crítica a la crítica de Pizzorno a las teorías de la elección racional, véase Fernando Aguiar y Andrés de Francisco, «Racionalidad e identidad. Una crítica a Alessandro Pizzorno», en *Revista Internacional de Sociología*, tercera época, núm. 24, septiembre-diciembre, 1999, págs. 77-93.

<sup>32</sup> Pizzorno, «Algún otro tipo...», ob. cit., 31.

<sup>33</sup> Según Pizzorno: «parece difícil mantener los valores, quedar complacido con las recompensas o disfrutar de las satisfacciones, sin referirlas a otros individuos capaces de reconocer esos valores, recompensas, satisfacciones...» (ibíd.).

<sup>34</sup> Mancur Olson, *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la Teoría de Grupos*, México, Limusa, 1992.

de la acción colectiva es un bien común, sostiene Pizzorno, un individuo puede convertirse en un *free rider* siempre y cuando su identidad no esté amenazada, siempre y cuando sea uno de los que «están autorizados a beneficiarse del bien producido»<sup>35</sup>. En el marco de «la lógica de la acción colectiva», lo racional para un individuo que tiene que decidir participar o no en una acción colectiva cuyo fin es la obtención de algún bien público, es no participar: se beneficiará si la acción colectiva triunfa sin haber incurrido en los costes que acarrea la participación; no se perjudicará en absoluto si la acción colectiva fracasa ya que no habrá invertido nada en ella<sup>36</sup>. Pizzorno distingue dos tipos de resultados de la acción colectiva. Por un lado, dentro de la *lógica* de Olson los resultados en los que se pone en juego si el individuo recibirá o no un determinado beneficio. Por otro lado, aquellos resultados en los que se pone en juego «si usted pertenece o no a la correcta colectividad, si tiene o no la identidad requerida». Si lo que se juega en la acción colectiva es esto último, «usted tendría que participar»<sup>37</sup>. En este caso la identidad colectiva es, al mismo tiempo, un *incentivo para la acción y su resultado*. Si la identidad colectiva es el incentivo selectivo principal de la acción colectiva, ésta sólo puede existir como resultado del proceso de acción<sup>38</sup>. Invirtiendo el razonamiento es posible afirmar que la acción colectiva resulta del proceso de identificación a través del cuál los individuos se inscriben en un círculo de reconocimiento<sup>39</sup>. Consecuentemente, cuando la acción colectiva se dirige a preservar o a formar un círculo de reconocimiento no opera la lógica del *free-riding*, el mero cálculo utilitarista de costes y beneficios, sino una lógica de la identificación<sup>40</sup>. Por lo tanto, ni en el planteo de Melucci ni en el planteo de Pizzorno hay identidad colectiva «anterior» a, o por fuera de, la acción colectiva misma. La identidad

<sup>35</sup> Pizzorno, «Algún otro tipo...», ob. cit., 33.

<sup>36</sup> Para Olson el problema del *free rider* afecta fundamentalmente a los grupos grandes. Las organizaciones utilizan «incentivos selectivos» para contar con la participación de individuos racionales que calculan costes y beneficios. Para una aproximación a estas cuestiones desde de la literatura sobre movimientos sociales véanse: McCarthy y Zald, «Resource mobilization and social movements: a partial theory», en *American Journal of Sociology*, vol. 82, issue 6, 1977, págs. 1212-1241; Tarrow, ob. cit.; Hans Peter Kriesi, «La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político», en D. McAdam, J. D. McCarthy y M. Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, ob. cit., págs. 221-261.

<sup>37</sup> Estos resultados son formadores o confirmadores de identidades colectivas. Pizzorno, *ibid.*

<sup>38</sup> Revilla, ob. cit., 194.

<sup>39</sup> Seguimos aquí el desarrollo que han hecho del concepto de identificación Brubaker y Cooper, ob. cit., pág. 14.

<sup>40</sup> Pizzorno, «Algún otro tipo...», ob. cit., 38.

colectiva resulta del propio proceso de interacción y negociación que tiene lugar *en* la acción colectiva.

¿Qué relación podemos establecer entre el proceso de (re)constitución de identidades colectivas como incentivos y resultados de la acción colectiva y la emergencia de movimientos sociales?<sup>41</sup>

Sostuve más arriba, siguiendo el argumento de Pizzorno, que toda elección plantea a los individuos una situación de incertidumbre respecto de cómo evaluarán sus yoes futuros los resultados de tal elección. Desde este punto de vista, el problema de la incertidumbre parece confinado, en una primera mirada, a la esfera de la identidad individual. Las identidades colectivas, en tanto círculos de reconocimiento que garantizan a los individuos la estabilidad de sus valores, hábitos, creencias, reducen el espacio de la incertidumbre al dotar de sentido a la acción individual. Ahora bien, ¿es posible desplazarse hacia un concepto de incertidumbre valorativa colectiva? De hecho, en la formulación inicial del problema que se aborda en este trabajo está implícita esta idea. La hipótesis que propongo allí es que las reformas del estado contribuyeron al desarrollo de procesos de (re)constitución de identidades colectivas. Desde esta perspectiva estoy suponiendo que los procesos de cambio que introdujeron las reformas incrementaron los márgenes de incertidumbre para los actores. El tipo de incertidumbre al que aludo no opera exclusivamente a nivel individual, sino que entraña, al mismo tiempo, una pérdida de sentido de las identidades colectivas<sup>42</sup>. Al igual que el concepto de motivación, el de incertidumbre no puede reducirse exclusivamente a una variable individual: opera, simultáneamente, en dos niveles. Si uno de los mecanismos a través de los cuáles los individuos enfrentan la incertidumbre valorativa que supone toda elección es la implicación en la acción colectiva: ¿cómo afrontar los desafíos que se plantean a nivel colectivo? Considero que un movimiento social puede ser interpretado como uno de los modos de reducir la incertidumbre valorativa en una población, en contextos en los que dicha reducción no se realiza: *a*) a través de acciones de tipo institucional y/o, *b*) a través de procesos de identificación con identidades colectivas existentes (por ejemplo, partidos políticos, sindicatos). Desde esta perspec-

---

<sup>41</sup> Para un análisis crítico de la literatura que ha estudiado la relación entre identidades colectivas y las distintas fases que atraviesan los movimientos sociales véase Francesca Polletta y James M. Jasper, «Collective identity and social movements» en *Annual Reviews Sociology*, 27, 2001, págs. 283-305.

<sup>42</sup> Las derivaciones analíticas del nivel colectivo de la incertidumbre no son distintas de aquellas relativas al nivel individual en lo que respecta a la relación entre identidad y acción colectiva.

tiva, los movimientos sociales dan cuenta de la «insuficiencia» de las identidades colectivas que existen e interactúan en una sociedad en unas coordenadas espacio temporales determinadas<sup>43</sup>. Su emergencia supone la posibilidad de nombrar los problemas de manera diferente, de redefinir los marcos cognitivos y a la vez interpersonales de la vida social<sup>44</sup>. En otros términos, de dotar de sentido (de certidumbre), a la acción individual y colectiva<sup>45</sup>. Por lo tanto, entenderé el concepto de movimiento social como «el proceso de (re)constitución de una identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional, por el cual se dota de sentido a la acción individual y colectiva».

¿De qué modo los movimientos sociales dotan de sentido a la acción individual y colectiva? De la abundante literatura sobre movimientos sociales aquí me concentraré en los «procesos enmarcadores»<sup>46</sup>. Desarrollado inicialmente por Goffman, el concepto alude a los procesos de definición de la realidad que circunda a los individuos y los grupos. Desde esta perspectiva, los marcos son por lo tanto un elemento central en la formación de la identidad colectiva de los movimientos. La función de los marcos interpretativos es la de «organizar la experiencia y guiar la acción»<sup>47</sup>. Según Gamson, los marcos interpretativos no son simplemente la agregación de actitudes y percepciones individuales, sino el resultado negociado de sentidos compartidos<sup>48</sup>. Con este concepto, por tanto, me estaré re-

---

<sup>43</sup> Revilla, ob. cit., pág. 197.

<sup>44</sup> Melucci, *Challenging...*, ob. cit.

<sup>45</sup> Ello no implica, por supuesto, que las situaciones de incertidumbre colectiva se resuelvan necesariamente a través de la emergencia de movimientos sociales. Tan sólo se trata de indicar que, cuando se generaliza la pérdida de referentes para la constitución de identidades una de las opciones posibles es la producción alternativa de sentido a través de los movimientos sociales.

<sup>46</sup> Véanse Irving Goffman, *Frame analysis*, Cambridge, Harvard University Press, 1974; N. Zald Mayer, «Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos» y Anthony Oberschall, «Oportunidades y creación de marcos en las revueltas de 1989 en el este de Europa», ambos en McAdam, McCarthy y Zald, ob. cit., págs. 369-388 y 143-181 respectivamente; Ron Eyerman, «La praxis cultural de los movimientos sociales», en Ibarra P. y Tejerina B. (eds.), *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, 1998, págs. 139-163; Robert Benford y David Snow, «Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment» *Annual Review of Sociology* 26, 2000, págs. 611-639; William Gamson, «Political discourse and collective action», en Klandermans, Kriesi y Tarrow, ob. cit., páginas 219-244; Hunt, Benford y Show, «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en Johnston, Laraña y Gusfield, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 1994, págs. 221-249; William Gamson, «The social psychology of collective action», en Morris y Mueller, ob. cit., págs. 53-76.

<sup>47</sup> Benford y Snow, ob. cit., págs. 613.

<sup>48</sup> Gamson, «The social psychology...», ob. cit., pág. 111. La creación de marcos

firiendo a la articulación de creencias y preferencias particulares que, en el proceso de constitución del movimiento y las identidades colectivas, se convierten en significados compartidos y valores capaces de dar lugar a la acción colectiva<sup>49</sup>. Al utilizar el concepto de marcos interpretativos, entonces, procuraré analizar cómo a través de los cortes de ruta primero, y luego a través de la emergencia de su movimiento, «los piqueteros» definieron: *a*) su identidad como grupo, *b*) el sentido de una situación de exclusión y *c*) las estrategias de una lucha por la inclusión.

#### REFORMAS DEL ESTADO E IDENTIDADES COLECTIVAS

La crisis de la deuda externa a comienzos de la década del 80 y la creciente vulnerabilidad fiscal del Estado, trazaron las coordenadas económicas que condujeron a Argentina a replantear su modelo de desarrollo. El fracaso de los programas de estabilización y de los ajustes de corto plazo desplegados por el partido radical - Plan Austral, junio de 1985, y Plan Primavera, agosto de 1988-, crearon las condiciones sociopolíticas para la adopción e implementación de programas de ajuste y reformas estructurales del estado<sup>50</sup>.

A comienzos de la década del 90 el gobierno de Carlos Menem inició este proceso<sup>51</sup>: su marco normativo lo constituyeron las leyes

---

no es una tarea de la que participan exclusivamente los miembros del movimiento. En un sentido importante se define en interacción con el «enmarcado que se produce continuamente a través de los medios que transmiten mensajes» (Tarrow, ob. cit., pág. 57).

<sup>49</sup> He optado por dejar de lado otras cuestiones sumamente relevantes para el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales: los vínculos entre su emergencia y el contexto de oportunidades políticas, el análisis de sus estructuras organizativas, el tipo de redes en que éstas se articulan, las estrategias de movilización de recursos, etc. Aquí me concentro en los procesos enmarcados dado que me interesan más los cortes de ruta y el movimiento de «piquetero» en tanto proceso de (re)construcción de una identidad colectiva que en tanto organización que aprovecha oportunidades políticas para movilizar a los desocupados. Ello no implica, de ninguna manera, suponer que los marcos interpretativos no se construyen sobre un conjunto específico de oportunidades políticas y a través de ciertas estructuras de movilización.

<sup>50</sup> Para un estudio sobre las diferencias y similitudes en la implementación de las políticas de reformas en los distintos países de América Latina véase J. C. Torre, *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

<sup>51</sup> El lanzamiento de las reformas económicas de 1989 se produjo en un contexto caracterizado por dos componentes principales: la explosión hiperinflacionaria de mediados de año, y el giro ideológico del presidente Menem y el PJ. Sobre el rol de la inflación al interior de la matriz estado-céntrica y su relación con las ca-

de Emergencia Económica y de Reforma del Estado. A través de estas y otras leyes se suspendieron una amplia gama de regulaciones económicas, se derogó un régimen comercial proteccionista y se fijó el inicio del proceso de privatización de las empresas de propiedad estatal. Tras nuevos episodios hiperinflacionarios entre diciembre de 1989 y marzo de 1990, el gobierno consiguió iniciar un período de estabilidad económica<sup>52</sup>.

En una primera etapa las políticas de reforma económica tendieron a organizarse en función de la necesidad de estabilizar la marcha de la economía<sup>53</sup>. Asimismo, el proceso de reformas fue escalonado territorialmente de manera tal que, inicialmente, sus costos recayeran sobre las zonas más industrializadas del país<sup>54</sup>. Las políticas de privatización de empresas públicas, liberalización comercial y reforma tributaria, antes que para aumentar la productividad y la competitividad de la economía en el largo plazo, fueron implementadas con el objeto de aumentar la recaudación de fondos líquidos, estabilizar los precios del mercado y controlar el déficit fiscal. Este conjunto de políticas, en un contexto en el que bajaban las tasas de interés de los mercados internacionales, favoreció el ingreso de capitales en busca de retornos más atractivos en los llamados «mercados emergentes», y facilitó el inicio de un período de reactivación económica. Por un lado, el acceso al crédito posibilitó un mayor consumo de amplias capas sociales; esto contribuyó a superponer al ajuste asociado con la implementación de las reformas un proceso de expansión que duraría cuatro años. Por otro, la significativa mejoría en las cuentas fiscales permitió al gobierno nacional asistir a los gobiernos provinciales y sostener altos niveles de gasto público en las zonas periféricas, fundamentalmente ligado con el mantenimiento del empleo público<sup>55</sup>. Sin embargo, tras este

---

pacidades regulatorias y la efectividad de la autoridad estatal véase Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (h.), «Del problema del estado al problema del gobierno, los desafíos de la nueva gestión», en *Revista Sociedad*, 15, Buenos Aires, 1999. Sobre el giro ideológico de Menem, véase Torre, ob. cit. Para una visión de conjunto sobre las relaciones entre el sistema político y el modelo de acumulación: Eduardo Basualdo, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.

<sup>52</sup> Lo consiguió a través de la sustitución compulsiva de los ahorros por bonos públicos a largo plazo, la adecuación de los pagos gubernamentales al nivel de los recursos fiscales y, finalmente, con la sanción de la Ley de Convertibilidad. El Plan de Convertibilidad, ideado por el ministro de economía Domingo Cavallo, eliminaba la discrecionalidad gubernamental sobre las políticas monetarias y de cambio al fijar la paridad entre el valor del peso y el dólar.

<sup>53</sup> Véase Pablo Gerchunoff y J. C. Torre, «La política de liberalización económica en la administración de Menem», en *Desarrollo Económico*, vol. 36, núm. 143, 1996.

<sup>54</sup> Farinetti, ob. cit.

<sup>55</sup> Gerchunoff y Torre, ob. cit. Sobre la relación entre el estado nacional y los

período de crecimiento económico, las políticas de reforma estructural del estado dejaron al desnudo los límites que enfrentaban para «aumentar la productividad y la competitividad de la economía en el largo plazo»<sup>56</sup>. Si la estabilidad y el *boom* producido por la convertibilidad lograron desplazar hacia delante los costos del ajuste estructural al poner en acción diversos mecanismos compensatorios, antes de llegar a mediados de la década el escenario comenzaría a tornarse más sombrío<sup>57</sup>. Se volvieron evidentes algunos de los efectos «negativos» que dejaba a su paso el proceso de reformas. La profundización de la política de apertura comercial y financiera, la desregulación y el proceso privatizador se tradujeron en un número creciente de empresas cerradas, una fuerte regresividad distributiva y el achicamiento sistemático del mercado interno de demanda masiva<sup>58</sup>. Por otra parte, la crisis de las economías regionales implicó, entre otras cosas, un fuerte descenso en los recursos fiscales de las administraciones provinciales, su endeudamiento creciente y la necesidad de ceder, ahora sí, a las presiones del gobierno nacional para poner en marcha la privatización de empresas públicas y la transferencia de los sistemas previsionales al gobierno central.

Estos efectos implicaron un duro golpe a las expectativas depositadas en la ruptura del modelo económico de intervención pública auspiciado por el discurso neoliberal e incrementaron los márgenes de incertidumbre política y económica que tenían que enfrentar todos los actores como consecuencia, precisamente, del quiebre del modelo estatal anterior que suponían las nuevas reglas de juego. La incertidumbre política se manifestó en la creciente desconfianza hacia los actores políticos y en los alcances de la consecuente «crisis de representación»<sup>59</sup>. Es razonable suponer que esta desconfianza se

---

estados provinciales, véase Karen Remmer y Eric Wibbels, «The subnational politics of economic adjustment. Provincial politics and fiscal performance in Argentina», en *Comparative Political Studies*, vol 33, núm. 4, 2000, págs. 419-451.

<sup>56</sup> Gerchunoff y Torre, ob. cit.

<sup>57</sup> La recaudación tributaria permitió a las autoridades asignar recursos crecientes a casi todas las partidas del presupuesto público e incrementar el gasto social. Gerchunoff y Torre, ob. cit.

<sup>58</sup> Véase Claudio Lozano, «Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea», en *Cuadernos del OSAL*, ob. cit.

<sup>59</sup> Sobre las posibilidades que se abren en un contexto de incertidumbre política, véase Ludolfo Paramio, «La sociedad desconfiada. Incertidumbre social e ideología neoliberal del mercado puro», en *Leviatán*, 66, 1997, págs. 103-114. Sobre los alcances de la crisis de representación y la desconfianza hacia los partidos políticos argentinos durante la década del 90, véase Adrogué y Armesto, «Aun con vida. Los partidos políticos argentinos en la década del noventa», en *Desarrollo Económico*, vol. 40, núm. 160, 2001, págs. 619-652.

debe a distintos fenómenos y que su génesis se remonta a un horizonte temporal de más largo aliento: al impacto de la crisis económica<sup>60</sup>, al surgimiento de nuevas formas de mediación social<sup>61</sup>, o a las transformaciones de ciertas tradiciones políticas.

Este último aspecto tiene una vital importancia para el análisis de la acción colectiva de confrontación de la segunda mitad de la década de los 90. La desafección y pérdida de confianza en los partidos políticos, para algunos autores, sería el resultado de la inadecuación entre ciertos estilos de representación anclados en el pasado, ligados a tradiciones más o menos populistas, y las condiciones particularmente difíciles que debieron enfrentar los gobiernos durante los años de la transición democrática<sup>62</sup>. La crisis de representación política revelaría no sólo el impacto de las dificultades para resolver la crisis económica, sino además el «agujero negro ideológico»<sup>63</sup> que resulta del fracaso de un modo tradicional de acción política y gestión pública basado en el caudillismo y el clientelismo político y electoral. La imposibilidad de los partidos políticos de responder a las urgencias del presente con los medios del pasado habría afectado sucesivamente sus niveles de efectividad, legitimidad y representatividad. Ciegos o impotentes frente a las transformaciones que tenían lugar en el régimen social de acumulación, los partidos, al verse atrapados entre los mandatos de sus tradiciones y las demandas de las reformas que se habían vuelto impostergables, asistieron a un profundo proceso de desestructuración de sus identidades<sup>64</sup>. Tres años antes de que se produjera el primer corte de ruta, De Riz afirmaba que nuevos clivajes sociales e ideológicos estaban erosionando viejas lealtades, y que las identidades políticas parecían estar «en estado de ebullición»<sup>65</sup>. El paulatino distancia-

---

<sup>60</sup> Véanse Guillermo O'Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997; Liliana De Riz, «Los partidos políticos y el gobierno de la crisis en Argentina», en *Sociedad*, 2, 1993.

<sup>61</sup> Véanse Bernard Manin, «Metamorfosis de la representación», en Mario Dos Santos (comp.), *¿Qué queda de la representación política?*, CLACSO, 1993; Alain Touraine, «Comunicación política y crisis de la representatividad», en Ferry y Wolton (comp.), *El nuevo espacio público*, Buenos Aires, Gedisa, 1998.

<sup>62</sup> Véanse Eduardo Gruner, «Las fronteras del (des)orden. Apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el menemato», en AAVV, *El menemato*, Letra Buena, 1991; M. Mora y Araujo, «De Perón a Menem. Una historia del peronismo», en AAVV, *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995.

<sup>63</sup> Gruner, ob. cit., págs. 90.

<sup>64</sup> Sobre la transformación en el régimen social de acumulación, véase José Nun, «Populismo, representación y menemismo», en AAVV, *Peronismo y Menemismo*, ob. cit. Sobre la desestructuración de las identidades partidarias, véase Marcos Novaro, *Pilotos de tormentas*, Buenos Aires, Letra Buena, 1994, pág. 13.

<sup>65</sup> De Riz, ob. cit.

miento de los individuos respecto de las identidades y tradiciones heredadas explicaría asimismo la demanda de un «cambio de liderazgo»<sup>66</sup>. Los cambios en el *policy style*, agudizaron, para algunos, la crisis de los partidos y las identidades en la medida en que los nuevos líderes adoptaron un comportamiento autocentrado y colocaron «la legitimidad de sus decisiones por sobre las aspiraciones de los partidos y las demandas de los grupos de interés»<sup>67</sup>.

En cualquier caso, considero que hay buenas razones para suponer que la desconfianza hacia las instancias institucionales de mediación de intereses (partidos y sindicatos) indica: *a*) la transformación de un conjunto de relaciones a través de las cuales se constituyeron las identidades colectivas tradicionales<sup>68</sup> y *b*) las dificultades crecientes de estas identidades colectivas para constituirse como círculos de reconocimiento en las que inscribir preferencias actuales y expectativas futuras<sup>69</sup>.

La incertidumbre política, he señalado, es paralela al aumento de la incertidumbre económica. Esta última puede definirse como una situación en la que los actores no saben «cómo comportarse para defender sus intereses dentro de las nuevas reglas de juego», y los individuos «no saben lo que pueden esperar en lo que se refiere a sus ingresos, ni a sus puestos de trabajo, ni siquiera a la evolución global de la economía de sus países en el plazo inmediato». Se trata de la incertidumbre respecto de «cómo planear su vida futura, qué será de ellos, de sus hijos, y en general del contexto familiar y de relaciones en el que se mueven»<sup>70</sup>. En este sentido, de todos los efectos del proceso de reformas, hay uno que resulta significativo para el argumento que estoy desarrollando: la desocupación, ya que, como se verá en la sección siguiente, la demanda de trabajo es uno de los «motivos» más recurrentes para cortar la ruta.

A partir de 1995 la desocupación se convirtió en el principal problema del país. En un lapso de cinco años la tasa de desocupación a nivel nacional se había poco menos que cuadruplicado<sup>71</sup>.

---

<sup>66</sup> Mora y Araujo, ob. cit.

<sup>67</sup> Torre, ob. cit., pág. 88.

<sup>68</sup> Por identidades colectivas tradicionales entiendo aquellas que se constituyeron en torno de los partidos políticos mayoritarios (la identidad radical y la identidad peronista) en el contexto de la matriz estatal del modelo de desarrollo anterior.

<sup>69</sup> Paramio, «La sociedad desconfianza...», ob. cit.

<sup>70</sup> Paramio, «La sociedad desconfianza...», ob. cit.

<sup>71</sup> La evolución de la tasa de desocupación a nivel nacional fue la siguiente: en 1991 (6,4%), en 1992 (6,7%), en 1993 (10,8%), en 1994 (11,2%) y en 1995 (20,4%). Fuente: EPH (Encuesta Permanente de Hogares, INDEC), citado en Luis Beccaria y Néstor López, «El debilitamiento de los mecanismos de integración social», en Beccaria y López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1996, pág. 97.

Si aceptamos que las reformas económicas tuvieron como uno de sus correlatos una alta proporción de trabajo precario y la aparición de importantes niveles de desempleo estructural, tendríamos buenas razones para suponer «la ruptura de las biografías laborales», la «disolución de las identidades colectivas desarrolladas en la experiencia laboral» y la transformación de «la lógica de la formación de las identidades sociales colectivas en torno a la experiencia laboral»<sup>72</sup>.

Los estudios sobre las consecuencias psicosociales del desempleo han mostrado que esta experiencia supone para los individuos la pérdida de lo que Pizzorno denomina círculos de reconocimiento. En su trabajo sobre los efectos del desempleo en el individuo, Kessler observa que «los desempleados... en particular aquellos con mayor tiempo de desocupación, señalaban experimentar un proceso de aislamiento social, tanto por la supresión de contactos cotidianos con compañeros de tareas, como por un distanciamiento de las relaciones sociales extra laborales»<sup>73</sup>. Sus hallazgos indican que el desempleo supone la restricción en el acceso a categorías de experiencia propias del mundo laboral.

La experiencia *individual y colectiva* de la desocupación supone la ruptura —la discontinuidad— de los círculos de reconocimiento que le permitían al individuo reconocerse y ser reconocido mientras se encontraba «ocupado». En términos de Kessler, esta es una de las formas que asume el «aislamiento social de los desocupados», una forma de aislamiento que se produce por la «sensación de haber dejado de compartir una serie de intereses comunes con los amigos...» y que expresa «el veloz extrañamiento respecto de círculo social habitual». La formulación verbal de la ruptura de los círculos de reconocimiento, tal como la expresan los propios desocupados, es «no tener más de que hablar»<sup>74</sup>.

---

<sup>72</sup> Véase Ludolfo Paramio, «Democracia y ciudadanía en el tiempo de los medios audiovisuales», en *Leviatán*, 81, 2000, págs. 19-34; Maceira y Spaltenberg, ob. cit. Sobre la desarticulación y transformación de identidades colectivas ligadas al mundo del trabajo, ver el excelente estudio de Maristella Svampa, «Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal», en Svampa (ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

<sup>73</sup> Gabriel Kessler, «Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia», en Beccaria y López (comps.), ob. cit., pág. 154. En el trabajo de Maceira y Spaltenberg se encuentran resultados similares. Sin embargo se señala que ello no supone la imposibilidad de, por parte de los desocupados, trazar solidaridades al interior de la clase trabajadora. Por el contrario, según el 80% de los entrevistados, «su lucha cuenta con el apoyo de los trabajadores ocupados y se solidariza a su vez con los reclamos de los trabajadores ocupados en lucha» (ob. cit., 26).

<sup>74</sup> Kessler, ob. cit., pág. 154.

Aunque la desocupación no deja de ser un fenómeno fuertemente asociado a los sectores más débilmente relacionados con el sistema productivo y con más carencias educativas<sup>75</sup>, a lo largo de la década del 90 se constituye en una suerte de «amenaza» que se cierne sobre «el conjunto de la población», en un riesgo de alcance colectivo<sup>76</sup>. Es en este contexto, marcado por el incremento notable de los índices de desocupación, por la crisis de las economías regionales, y por la crisis de confianza hacia los canales tradicionales de mediación de intereses, que hacia 1993 se inicia un ciclo de protestas que aún no ha concluido<sup>77</sup>. Este ciclo presenta algunas características novedosas. Ya no se trata de las clásicas protestas asociadas al sindicalismo: la huelga y el paro general que habían predominado durante el gobierno de Alfonsín<sup>78</sup>. Este ciclo se caracteriza por la emergencia de nuevas formas de acción colectiva: «estallidos sociales» y cortes de ruta. Mi argumento es que los cortes de ruta pueden ser interpretados, en parte, como el resultado de la ruptura de una serie de círculos de reconocimiento y el incremento de la incertidumbre valorativa experimentada por los sectores populares. En lo que sigue procuraré considerar de qué modo estas dos variables pueden ser utilizadas para una indagación exploratoria sobre la emergencia de los cortes de ruta y el movimiento piquetero como procesos de (re)constitución de identidades colectivas.

#### LOS CORTES DE RUTA: 1996-2001

¿Qué son los cortes de ruta? Los cortes de ruta pueden ser caracterizados como un tipo de acción colectiva particular que constituye un conflicto político<sup>79</sup>. Dos elementos definen qué es un con-

---

<sup>75</sup> Beccaria y López, ob. cit.

<sup>76</sup> Kessler, ob. cit., pág. 117.

<sup>77</sup> Sobre el concepto de ciclo de protesta, véase Tarrow, ob. cit. El ciclo comenzó con «el santiagazo», una revuelta popular en la provincia de Santiago del Estero. Para otros autores, el inicio del ciclo es 1997: véase Barbetta y Lapagna, «Cuando la protesta toma forma: los cortes de ruta en el norte salteño», en Norma Giarracca, *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Ed. Alianza, 2001. Para una descripción y análisis del «santiagazo» véase Farinetti, ob. cit.; Carrera y Cotarelo, ob. cit.; Javier Auyero, «Los estallidos en provincia: globalización y conflictos locales», en *Punto de vista*, 67, 2000.

<sup>78</sup> Véanse los datos presentados por Farinetti, ob. cit.

<sup>79</sup> Esta sección se basa, fundamentalmente, en el análisis de: a) material periódico de los diarios Clarín y La Nación, b) entrevistas a líderes y militantes de las distintas organizaciones del movimiento piquetero, c) estudios específicos sobre cortes de ruta y otras formas de beligerancia popular en la Argentina contemporánea.

flicto político: 1) las «reivindicaciones», que consisten en «declarar determinadas preferencias respecto al comportamiento de otros actores», y 2) donde una de las partes es «un gobierno»<sup>80</sup>. Los cortes de ruta son, por lo tanto, manifestaciones colectivas públicas visibles que expresan ante las autoridades el reclamo de soluciones para conjuntos específicos de situaciones que son percibidas por los manifestantes como un problema.

Asimismo, los cortes de ruta pueden definirse por la especificidad del espacio de su acción: el asfalto, o en ocasiones, la tierra (las «picadas»), de la ruta. Cortar una ruta es interrumpir la libre circulación de personas y bienes, obstaculizar accesos, llegadas y salidas. Se materializan quemando sobre la ruta neumáticos, atravesando ramas, escombros, chapas, autos y el propio cuerpo. En definitiva, se «comunica» el conflicto —se lo constituye— cuando se hacen visibles las reivindicaciones, las quejas, los reclamos, «incomunicando», cerrando, y de esta manera delimitando, el espacio específico en el que se desenvuelve su trama: la ciudad, el poblado. En efecto, cortar la ruta es trazar las fronteras, los límites, a través de los que se recorta el espacio de la confrontación.

Ciertamente, los cortes de ruta encuentran una explicación común a partir de los efectos de las políticas de ajuste y reformas estructurales del estado. Sin embargo, he señalado que deben adver-

---

nea. Con el material de prensa elaboré un *corpus* sobre la base de una búsqueda de noticias y editoriales, utilizando para ello los buscadores on-line de los diarios. En el caso de La Nación el rango de fechas que se cubre es del 17/12/95 al 31/08/2001 y en el caso de Clarín desde el 1/1/97 al 31/08/2001. En ambos casos utilicé como fecha de comienzo la primera que ofrecía el buscador. Busqué noticias que incluyeran la palabra «piqueteros» y la frase «corte de ruta» en las secciones: información general, política, economía, cultura, opinión, sociedad, y en suplementos económico y Zona (*Clarín*). Además utilizó algunas notas publicadas por el diario Página 12. Debido al alcance limitado de los datos que he reunido lo que sigue debe considerarse como un avance de investigación. Por otra parte, al comienzo de este trabajo señalé que asumía una perspectiva constructivista para el análisis de las identidades y la acción colectiva. Según Melucci, una visión constructivista no puede limitarse a considerar la acción como un «episodio»; estos son «el efecto final de la acción» («Asumir un compromiso...», ob. cit., pág. 166). Se me podrá objetar, con razón, que al definir de este modo los cortes de ruta estoy abandonando la perspectiva propuesta por Melucci. Sin embargo, como se verá, esta «desviación» es sólo parcial: se debe fundamentalmente al tipo de material que voy a analizar. Aunque en esta sección del trabajo aborde los cortes de ruta como «episodios» de acción colectiva intentaré encuadrarlos en tanto que procesos. En este sentido asumo que los cortes de ruta son, en tanto proceso de movilización, la manifestación de un proceso anterior. Una vez más reitero que estoy dejando de lado aspectos centrales para un estudio exhaustivo de la acción colectiva: en este caso, específicamente, el análisis de las redes sumergidas y las interacciones que hicieron posibles tales episodios.

<sup>80</sup> Charles Tilly, «Conflicto político y cambio social», en Ibarra y Tejerían, ob. cit.

tirse las dificultades que entraña cualquier traducción mecánica entre el proceso de reformas del estado y el surgimiento de los cortes de ruta como modalidad de acción colectiva. Si la privatización de las empresas públicas en las provincias, el achicamiento del sector público, la crisis financiera, o en otros términos, «el ajuste estructural, la retirada del estado, el hiper-desempleo están, por cierto, en el origen» de la protesta, es necesario considerar que «los cambios macro-estructurales implicados en esta verdadera revolución neo-conservadora no afectan de manera directa el surgimiento, curso y sentido de la protesta»<sup>81</sup>. El telón de fondo de la mayoría de los cortes de ruta es el crecimiento de la desocupación. Sin embargo, el escenario en el que se desarrollan estos conflictos está vertebrado por dinámicas e interacciones que operan a nivel local. En este sentido, los cortes de ruta se inscriben en contextos específicos, configurados por la yuxtaposición de una dimensión «nacional» y otra «local» del conflicto político.

Definir los cortes de ruta como forma particular de constitución de conflictos políticos puede resultar una buena manera de definir *qué es* un corte de ruta. De este modo podemos captar la unidad de este tipo de acción colectiva en su grado máximo de generalidad. Pero a poco que se avanza en su análisis resulta evidente que los cortes de ruta no son un fenómeno homogéneo. Un rápido repaso de algunas de las dimensiones en las que es posible analizarlos será suficiente para dar cuenta de que su unidad está compuesta por una fuerte heterogeneidad:

— *Actores*. Auyero reproduce el testimonio que recoge de una participante de los cortes de Cutral-Có y Plaza Huincul (1996) en el que queda de manifiesto la heterogeneidad de los manifestantes: «en los piquetes tenías a una mamá pobre con sus chiquitos, tenías desocupados de YPF, tenías otros desocupados de toda la vida, o semiocupados, tenías los docentes, los médicos, los abogados, los contadores, los comerciantes, las amas de casa. En cada piquete, era todo una mezcla.»; «En la Torre estaba todo el pueblo... gente con trabajo, comerciantes, obreros...»<sup>82</sup>

— *Motivos*. Los motivos más recurrentes para cortar la ruta son la demanda de fuentes de trabajo, el reclamo de Planes Trabajar<sup>83</sup>,

---

<sup>81</sup> Auyero, «Vida en un piquete», ob. cit.

<sup>82</sup> Auyero, ob. cit.

<sup>83</sup> Los Planes Trabajar son planes asistenciales que el estado nacional y las administraciones provinciales implementaron para contener los conflictos sociales derivados de la desocupación.

y de asistencia social para desocupados. Sin embargo, en el período que estoy analizando, también se realizaron cortes de ruta para exigir el pago de salarios atrasados, la reincorporación de trabajadores despedidos, la liberación de líderes piqueteros. También se corrieron rutas para reclamar la sanción de exenciones impositivas, por el incumplimiento de las promesas que habían dado lugar al levantamiento de cortes anteriores, para que se destinen fondos para emprendimientos productivos regionales, o en apoyo de reclamos sectoriales (camioneros, estatales).

— *Modos de resolución de los conflictos.* Los cortes de rutas a veces concluyen cuando se hace presente una autoridad solicitada por los manifestantes, como resultado de violentas represiones, tras la promesa de cumplimiento de los reclamos y/o la firma de peticiones.

— *Formas de organización.* Las asambleas, en las que se negocian y deciden las alternativas de los cortes, están prácticamente presentes en todos los cortes de ruta. Sin embargo, en algunas localidades los cortes contaron con, y/o dieron lugar a, formas de organización más permanentes. En algunos casos las formas de organización solo tienen que ver con el aprovisionamiento de víveres y pertrechos para sostener el corte de ruta. En otros se relaciona con la elección de «portavoces», y con formas de enfrentar la posible represión. Todas estas formas de organización varían mucho de un lugar a otro. En Salta funcionó en el primer conflicto una Comisión de Vecinos. En Cutral-Có se eligieron portavoces del grupo por «piquetes». En Cruz del Eje la multisectorial que representaba los reclamos de los lugareños fue desbordada por la presión de las asambleas populares. Más tarde, las formas de organización resultaron fundamentales para la administración autónoma de los Planes Trabajar que entregaba el gobierno a las organizaciones de piqueteros. En cualquier caso, y tal como lo expresan algunos de sus líderes, los cortes de ruta no son, bajo ningún aspecto, espontáneos<sup>84</sup>.

— *Estrategias para enfrentar la represión.* En algunos cortes, para evitar ser reprimidos, los manifestantes dejaron pasar vehículos que transportaban alimentos. Dejar caminos alternativos fue

---

<sup>84</sup> «Los piquetes no son espontáneos, el piquete de La Matanza tuvo tres meses de preparación y fue precedido por un piquete anterior, el 28 de junio, que fue sofocado rápidamente porque el gobierno vino, prometió una serie de cuestiones que después no cumplió y que fue lo que devino en estas circunstancias que vivimos a partir del 1º de noviembre». Entrevista a Luis D'Elía, *Revista Línea*, diciembre, 2000.

una estrategia utilizada por los manifestantes, sobre todo a partir del año 2000, para que los cortes no fueran declarados ilegales. En otros casos, se jugaba el juego del gato y el ratón: la ruta era cortada hasta que se acercaban las fuerzas represivas; luego era despejada y más tarde se la volvía a cortar. En varias ocasiones los lugares concretos en los que se cortaba la ruta tenían un sentido estratégico: en Salta (10/5/2000), por ejemplo, se cortó la ruta al lado de un depósito de combustible con la intención de disuadir la utilización de armas de fuego por parte de las fuerzas represivas.

Al igual que otras formas de confrontación, el corte de ruta es un tipo acción colectiva de carácter modular. Esto es, una forma de acción colectiva, no «limitada a ninguna queja o grupo social particular», que puede «aglutinar a la gente en nombre de exigencias diferentes»<sup>85</sup>. Ello ha contribuido a su relativamente rápida difusión por todo el territorio<sup>86</sup>. Pero una rutina de confrontación no establece qué tipo de intereses y valores comparten los manifestantes, qué sentidos los motivan a implicarse en la acción colectiva, ni de qué modo en ella se define su identidad como grupo.

Para acercarme a estos aspectos, en lo que sigue, voy a analizar los marcos interpretativos a través de los cuáles se carga de sentido la acción de cortar una ruta. Se trata de explorar cómo fue definida la identidad de «los piqueteros» y su ambiente. Para poder referirnos al movimiento piquetero será necesario considerar si este es un «apellido relevante» (Pizzorno) para la identificación de unos intereses comunes y unos valores compartidos: esto es, una identidad. Sólo en el caso en que podamos indicar esta implicación de intereses, valores e identidad, será posible considerar a los cortes de ruta más allá de la modularidad de la acción colectiva.

### *La construcción de marcos interpretativos*

¿Cuáles son las creencias y significados compartidos por aquellos que cortan las rutas? ¿De qué manera estos se articulan para dar lugar a esta modalidad de acción colectiva? En definitiva, ¿qué discursos son los que se enuncian en los cortes de ruta? ¿Qué tipo de procesos de identificación involucran, qué objetos construyen, y que expectativas alimentan? ¿A qué identidad apelan y cuál es la que resulta de su acción?

---

<sup>85</sup> Tarrow, ob. cit., pág. 88.

<sup>86</sup> Algunos datos cuantitativos sobre la evolución anual de los cortes de ruta y su distribución geográfica se encuentran en <http://www.nuevamayoria.com/invest/sociolab/csola010801.htm>

El concepto de marcos interpretativos se refiere al modo en el que los grupos definen su identidad, señalan a sus oponentes y «enmarcan» la realidad que los circunda (ambiente). De esta manera, a través de la creación de marcos interpretativos los grupos organizan su experiencia y dotan de sentido su acción. En este caso se trata de la delimitación del marco interpretativo que dota de sentido a los cortes de ruta y de esta manera contribuye a definir la identidad de aquellos que los llevan adelante<sup>87</sup>.

¿Quiénes cortan las rutas? Quienes cortan las rutas son «piqueteros». Si durante las crónicas de 1996, el primer año en el que se lleva adelante este tipo de confrontación, los medios se referían a «los vecinos», los «pobladores», los «habitantes» o a «los manifestantes», a partir de 1997 comenzarán a utilizar más frecuentemente la palabra «piqueteros». No está claro cuál es el origen de esta palabra: puede ser un derivado de los «piquetes» de huelga sindicales o deberse a que los cortes se realizaban en las «picadas», nombre con el que se designan «los caminos abiertos por las empresas petroleras, en las que instalaban señalamientos o «piquetes»»<sup>88</sup>. Lo que parece más claro es que este es el modo que los manifestantes eligieron para identificarse<sup>89</sup>.

La identidad de los «piqueteros» deviene, en primer término, de su identificación con la acción colectiva. En tanto acción colectiva, los cortes de ruta se definen por la especificidad del espacio de su acción. Y es desde su acción en la ruta que primariamente se identifican como «piqueteros»: «Tendrá que venir el gobernador; los piqueteros permaneceremos en la ruta»<sup>90</sup>. El sentido de unidad se emplaza en el espacio en el que se produce la acción colectiva. Ahora bien, ¿cuáles son los marcos interpretativos que, orientando acciones colectivas específicas, contribuyen simultáneamente a la constitución de una «identidad piquetera» que exceda el contexto de un corte de ruta determinado? ¿Hay algo más que acción colectiva modular? ¿Qué sucede con los intereses y los valores?

A pesar de la heterogeneidad que se registra entre un corte y otro, los «piqueteros» comparten una serie de intereses regulares.

---

<sup>87</sup> Por el tipo de material con el que trabajo esta sección —básicamente prensa escrita— atenderé particularmente al modo en el que los diarios «enmarcaron» la acción de aquellos que cortan las rutas. Por otro lado, del corpus de textos analizados, extraje algunos testimonios de los propios actores. Asumo que tales testimonios forman parte del propio enmarcado que hacen los medios de la identidad de estos actores. Finalmente, el análisis no incluye el marco construido por los «oponentes» del movimiento piquetero: principalmente el gobierno.

<sup>88</sup> Pilar Sánchez, «El cutralcazo. La pueblada de Cutral C6 y Plaza Huincul», *Agora*, 1997, citado por Farinetti, ob. cit.

<sup>89</sup> *La Nación*, 13/4/97.

<sup>90</sup> *La Nación*, 11/5/97.

Si su identidad deviene en primer término de la propia acción colectiva, es posible también rastrear un conjunto de discursos que van más allá de un corte específico y que definen los procesos de identificación entre quienes cortan las rutas y el sentido que le atribuyen a su acción. He registrado dos cuestiones centrales en la construcción de los marcos interpretativos relativos a los cortes de rutas entre 1996 y 2001. En el material de prensa que he trabajado, estas dos cuestiones se cruzan permanentemente, se reenvían, se superponen y se mezclan. Sin embargo es posible distinguirlas analíticamente. Se trata de: 1) la delimitación de un contexto de exclusión socioeconómica, y 2) la delimitación de un contexto de exclusión política. Estas dos cuestiones ordenan, a través de un conjunto de repertorios argumentales, *a)* el diagnóstico en el que se inscriben tanto los motivos de los cortes como las características de los «piqueteros» en tanto identidad colectiva y *b)* el pronóstico que presenta a los cortes de ruta como el espacio propicio para la constitución de dicha identidad a través del enfrentamiento de esta doble exclusión.

#### *a)* Exclusión socioeconómica

Desde el comienzo, cuando los cortes de ruta aún eran una «novedad» en el campo de la beligerancia popular, los medios de comunicación enmarcaron la identidad de los piqueteros a partir de la descripción de su exclusión socioeconómica, de la delimitación del contexto en el que tenían lugar los cortes de ruta. De este modo, a su vez, propusieron claves para la interpretación de las confrontaciones. Así, los cortes de ruta tienen lugar en ciudades «azotadas por una elevada desocupación»<sup>91</sup>, y están generalmente asociados a las transformaciones regionales derivadas de: *a)* la privatización de empresas del estado<sup>92</sup>, y/o *b)* la reforma del sector público provincial. En este sentido, los piqueteros son «la masa crítica de un sector que se siente postergado socialmente»<sup>93</sup>, o más aún, «desesperados», «marginales desesperados»<sup>94</sup>, «sin perspectivas de creci-

---

<sup>91</sup> *La Nación*, 13/4/97.

<sup>92</sup> «... la sensación general es que la causa profunda de la pueblada surge del drama social de esos pueblos de cultura petrolera, con más de 35 por ciento de desocupados desde la privatización de YPF, en 1992» (*La Nación*, 23/4/97) «Muchos de los jóvenes que aparecieron con sus rostros cubiertos este año y arrojaron piedras contra uniformados son como una suerte de nietos de YPF que se quedaron sin herencia» (sobre Cutral-Có, en *La Nación*, 29/9/97).

<sup>93</sup> *La Nación*, 13/4/97.

<sup>94</sup> *La Nación*, 23/4/97.

miento futuro»<sup>95</sup>. En los cortes de ruta, «las carpas y tiendas improvisadas amontonan a los caídos del mapa del trabajo»<sup>96</sup>. De esta manera la identidad aparece recortada por detrás de la definición del diagnóstico de la situación. Para completar los elementos del diagnóstico, los medios construyeron y distribuyeron «culpas y responsabilidades»<sup>97</sup>: *a)* el estado provincial y municipal que «omitió reconvertir la cultura económica local tras la *necesaria* venta de los entonces yacimientos petrolíferos nacionales» y *b)* los propios desocupados quienes «se fagocitaron en pocos años las *generosas indemnizaciones* por despido de YPF»<sup>98</sup>. El esquema que corre por detrás de este tipo de atribuciones es el siguiente: «la paz duró lo que duró el dinero»<sup>99</sup>.

Los testimonios de los piqueteros dan cuenta también de la exclusión económica en la elaboración del diagnóstico con el que se interpreta el corte de ruta. Sin embargo, el marco se amplía en la medida en que los procesos de autodefinición de la identidad agregan nuevos sentidos:

Yo soy una subsidiada, pero vine aquí [al corte de ruta] a ayudar. Si con 150 pesos como yo recibo no se puede vivir, ni darle de comer a mi hijo, ni alquilar, ¿qué queda para toda esta gente que está acá? Estos [por el Gobierno], cuando quieren, bajan a la gente de los planes y no dan ninguna respuesta hasta que no pasan estas cosas.

Hace dos años que estoy sin trabajo y mi esposo también es un desocupado. Estamos viviendo en la casa de mis padres, del esfuerzo de ellos... ya no se puede seguir viviendo así. Pero no vamos a aflojar: seguiremos acá noche y día, con nuestros hijos en brazos. El intendente Benítez también tiene hijos y espero que piense que si no hay soluciones, sus hijos también pueden llegar a terminar un día acá, como nosotros, en la ruta.

Acá hace falta trabajo. Porque con los 100 pesos que nos dan mañana no alcanza para pagar ni el alquiler ni los servicios. Aceptamos para poder darle de comer a nuestros hijos<sup>100</sup>.

<sup>95</sup> *La Nación*, 16/4/97.

<sup>96</sup> *Clarín*, 12/5/2000.

<sup>97</sup> Benford y Snow, ob. cit., pág. 616.

<sup>98</sup> *La Nación*, 16/4/97. El énfasis es mío. «Los Fernández... José trabajó 17 años en YPF y Juan Carlos 14. Siguieron la tradición familiar —su padre también fue empleado de la ex petrolera del Estado— hasta que los echaron cuando YPF pasó a manos privadas. En su historia se resume la de Mosconi: cobraron una suculenta indemnización que les duró unos años, antes de que su negocio quebrase» (*La Nación*, 20/5/2000).

<sup>99</sup> *Clarín*, 13/5/2000.

<sup>100</sup> Todos estos testimonios corresponden a un grupo de mujeres que cortaron

No puede ser que los pobres seamos más pobres. *No queremos robar, no queremos matar, eso no es lo correcto...* por eso es que puse el pecho tres días y tres noches<sup>101</sup>.

Nosotros ya estamos vencidos... *No tenemos nada que perder*<sup>102</sup>.

Los individuos que cortan las rutas, los piqueteros, son de lo más heterogéneos: trabajadores y trabajadoras sin empleo, subsidiados, madres, jóvenes, docentes, empleados estatales, ocupados con una inserción laboral defectuosa, pobres. En sus testimonios no prima un lenguaje de clase preciso ni se denota un anclaje identitario fuerte<sup>103</sup>. Lo que comparten en su diversidad es lo que podría denominarse «un sentido de la precariedad», de la incertidumbre asociada a la falta de trabajo, la experiencia de una carencia de futuro. Aún quienes cuentan con trabajo, por anticipación o por solidaridad, engrosan las filas de los que cortan rutas en la medida en que reconocen en estos la incertidumbre de un futuro posible para ellos mismos. Estos testimonios combinan algunos de los elementos que expresan los sentidos compartidos por los «piqueteros» más allá de la modularidad de la propia acción colectiva: estar en la ruta es formar parte de un «nosotros», el de aquellos que «ya no pueden seguir viviendo así», el de aquellos que «no tienen nada que perder» y por ello «ponen el pecho»<sup>104</sup>. Estar en la ruta es, en este sentido, trazar nuevos círculos de reconocimiento: un incentivo y a la vez el resultado de la confrontación.

Un elemento del marco en el que se interpreta precisamente la acción colectiva es la exclusión socioeconómica. Pero dicha exclusión es más que la mera descripción de los efectos del ajuste: asume la forma de una injusticia. La exclusión socioeconómica es uno de los componentes del *injustice frame* generado y adoptado por aquellos que se identifican como grupo en la ruta y que definen la acción de «la autoridad» como una injusticia<sup>105</sup>: «*no puede ser que los pobres seamos más pobres*». El corte de ruta es entonces el es-

---

una ruta en mayo de 2000. *Clarín*. La presencia de mujeres en los cortes y en las distintas organizaciones del movimiento es tan importante como la de los hombres.

<sup>101</sup> *La Nación*, 31/5/1997.

<sup>102</sup> *Clarín*, 2/11/2000

<sup>103</sup> Farinetti, ob. cit.

<sup>104</sup> El proceso de identificación con ese «nosotros que está en la ruta» ha dado origen a la difusión de los enfrentamientos y ha puesto de manifiesto de qué modo se comparte una situación de exclusión: «La lucha nuestra comenzó cuando vimos la lucha que comenzó en Jujuy. Nosotros vimos que era posible hacer esa lucha y que era necesario -la desocupación existe en todos los lados». Entrevista a Emilio Alí ([http://www.nodo50.org/mrgcantabria/index/archivo/ent\\_emilioali.htm](http://www.nodo50.org/mrgcantabria/index/archivo/ent_emilioali.htm)).

<sup>105</sup> Sobre el concepto de *injustice frame*: Benford y Snow, ob. cit., pág. 615.

pacio en el que se construye un círculo de reconocimiento, la posibilidad de enfrentar el dominio de la incertidumbre sobre el futuro, de estabilizar una serie de relaciones horizontales con aquellos que se comparte (o se puede compartir) una situación de exclusión. Hay aquí un interés específico: tener trabajo. Ese es el interés primario que agrupa sectores heterogéneos. Pero también hay un valor: la dignidad.

... el viento es el fruto de la tierra, tiene su tiempo y madura, no en los libros y escritos de lamentos, sino *en los pechos organizados de los que nada tienen más que dignidad y rebeldía*. Y este viento de abajo, el de la rebeldía, es el de la dignidad, no sólo es respuesta a la imposición del viento de arriba, no es brava contestación en un corte de ruta, en la toma de un supermercado, en el reclamo de un subsidio de hambre; en sí lleva una propuesta nueva, que no es sólo la destrucción de un sistema injusto y arbitrario, es sobre todo una esperanza de igualdad, dignidad y rebeldía en libertad»<sup>106</sup>.

#### b) La exclusión política

Los piqueteros comparten a su vez un sentido de exclusión política que se traduce en el rechazo a los partidos políticos mayoritarios y a ciertos sectores sindicales (CGT)<sup>107</sup>. En los cortes de ruta se reclama una política que atienda sus reclamos. Se trata de un problema de representación política: los cortes son en este sentido una modalidad de acción colectiva que tiene como protagonistas a aquellos que se sienten excluidos de los canales institucionales de mediación de intereses. Allí no se reclama que los «partidos» asuman las demandas en sus programas electorales, que las incorporen a sus agendas de campaña. No se reclaman nuevos derechos, ni se reivindicán ideologías definidas. En los cortes de ruta, la exclusión política tiene la forma de la incomunicación.

En el entierro de la segunda víctima de los cortes de ruta, Teresa Rodríguez, las delegaciones sindicales de la CGT de Neuquén y Río

---

<sup>106</sup> Boletín 1 «En Ruta», Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de las localidades de Solano, Lanús y Almirante Brown de la provincia de Buenos Aires, noviembre del 2000. El énfasis es mío.

<sup>107</sup> En el primer Congreso Nacional de Piquetero (2001), el líder de la CGT «rebeldé» Hugo Moyano, recibió una silbatina que prácticamente imposibilitó que pronunciara su discurso. La única central sindical que está vinculada a una parte del movimiento es el CTA. Con respecto a los partidos políticos, en la actualidad, algunas organizaciones del movimiento son los «brazos piqueteros» de partidos de izquierda.

Negro fueron insultadas por los piqueteros, quienes les gritaron «¡Traidores, ¿por qué no vinieron antes?»<sup>108</sup>. En Salta, un mes más tarde, los piqueteros incluyeron entre sus reclamos la renuncia de los políticos de todos los partidos que cumplen funciones en San Martín porque «fueron elegidos para representarnos y no cumplieron»<sup>109</sup>. Se rechaza, más que a la política, a aquellos que siendo representantes «del pueblo» no defienden sus intereses. Así lo expresaron también los piqueteros que cortaron en 1999 el puente que une las provincias de Corrientes y Chaco: «ya no queda espacio para el diálogo con ningún tipo de gobierno. Se están peleando por un pedazo de nuestro sueldo»<sup>110</sup>.

La posibilidad o el rechazo del «diálogo» están presentes de manera recurrente en el discurso «piquetero». La acción colectiva de confrontación es el espacio que abre tal posibilidad, el terreno en el que se ejercen las relaciones de fuerza y las negociaciones<sup>111</sup>. No se trata únicamente de plantear un reclamo. Los cortes de ruta crean, en el marco de la propia confrontación, instancias de diálogo que no existían entre representantes y representados. La movilización no se relaciona única ni inmediatamente con la consecución de los objetivos (obtención de planes de empleo). El primer éxito que tiene que alcanzar es poder negociar. Para un piquetero de Salta «por medio del diálogo podemos conseguir muchas cosas. El norte argentino está huérfano de políticos»<sup>112</sup>. Es frente a la ausencia de un diálogo político canalizado a través de las instituciones que el corte de ruta adquiere significación política como modalidad de acción colectiva de confrontación.

El diálogo es la condición necesaria, aunque no suficiente, para la obtención de una respuesta a los reclamos. En la medida en que tales reclamos no encuentran en las vías institucionales un canal apropiado para ser encauzados, los cortes de ruta aparecen como la modalidad de acción colectiva que les exige a las autoridades «escuchar» a los piqueteros. Los corte surgen, se mantienen, e incluso puede llegar a concluir, en la medida que los piqueteros puedan expresar, directamente, su reclamo a las autoridades. Las exigencias

---

<sup>108</sup> *La Nación*, 13/4/97.

<sup>109</sup> *La Nación*, 15/5/97.

<sup>110</sup> *La Nación*, 15/12/99.

<sup>111</sup> Así lo expone un dirigente piquetero: «Tenemos una comisión elegida por todos los compañeros, que es la encargada de atender las situaciones internas, hacer los petitorios y pedidos de audiencia con el gobierno para lograr los reclamos de manera pacífica. Y cuando no se logra de manera pacífica, salimos a las calles a hacer el reclamo. Es la manera para que el funcionario nos atienda» (Entrevista a Juan Dávalos, *Nuestra Propuesta*, 533).

<sup>112</sup> *Clarín*, 14/5/2000.

de este tipo están presentes desde el primer corte de ruta en el sur, hacia mediados del año 96. En aquella ocasión los piqueteros de la ruta 22 exigían a gritos «que venga Felipe» Sapag, el gobernador de la provincia. La demanda de ser escuchados no tiene siempre como protagonista a los gobernadores. Se trata de una exigencia más general, menos específica en cuanto al rango del que debe escuchar. «Queremos que nos reciba el cardenal Primatesta o alguien que nos escuche y nos dé respuestas»<sup>113</sup>; «No vamos a dar ni un paso atrás con estos cortes hasta tanto no se presente aquí el vicegobernador (Eduardo) Arnold o alguna autoridad provincial»<sup>114</sup>. Hay aquí una reivindicación muy precisa y a la vez ambigua: ser escuchado por alguna autoridad. Solo así es posible algún tipo de solución para las demandas y reivindicaciones. Los cortes de ruta son realizados por ciudadanos que buscan respuestas: «No queremos que los políticos nos sigan usando para sus campañas. Buscamos respuestas»<sup>115</sup>; «Sabemos que estamos cortando el tránsito, pero es la única forma de que nos escuchen»<sup>116</sup>.

Como contraparte de la exclusión política, en los cortes de ruta se construye una experiencia política y una identidad colectiva participativa<sup>117</sup>: «El gobierno de Corrientes no existe y hoy es el pueblo el que gobierna arriba del puente»<sup>118</sup>. Se trata de un proceso en el

---

<sup>113</sup> *La Nación*, 7/8/97.

<sup>114</sup> *La Nación*, 19/1/99.

<sup>115</sup> *La Nación*, 19/1/99.

<sup>116</sup> *La Nación*, 19/10/99.

<sup>117</sup> Véase Auyero, «Vida en...» ob. cit. D'Elía cuenta cómo se toman las decisiones: «el presidente nos mandó al diputado Marcelo Stubrin con una lista de ofrecimientos. Los compañeros fuimos a la sede del obispado, recibimos ese listado. Esto fue a las cuatro de la mañana y a esa hora no podíamos convocar a la asamblea y para que nadie nos dijera que resolvíamos entre gallos y medianoches, de modo que la hicimos a las 12 del mediodía. Había unos cinco mil compañeros en la asamblea y la propuesta fue discutida y aprobada en general y punto por punto. Y esa imagen de la asamblea aprobando el convenio, esas cinco mil manos levantadas muy difícilmente pueda borrarlas de mi memoria. Esa imagen me acompañará para siempre» (Revista *Línea*, diciembre, 2000). La práctica de toma de decisiones en las asambleas aparece una y otra vez en la experiencia de los cortes de ruta: «Hace cinco años salimos al corte la primera vez, nos comimos quince días. Me acuerdo que los compañeros, después de esos quince días, me mandaron a negociar con el secretario de Trabajo. Entré a la dependencia oficial y el secretario ni siquiera me dejó sentar, enseguida me enfrentó: «si no me saca la gente de la ruta, no hay negociación». Y yo los saqué del corte, pero para invadirle la secretaría. Fue la primera victoria, logramos 60 planes. Después nos plantamos cuarenta días en la plaza hasta que el gobernador Reutemann nos recibiera. Plantamos las carpas, resistimos a la policía, y ganamos otros cuarenta puestos, uno por cada día en la plaza. Después ocupamos el puente Oroño y allí por poco me matan...Y bueno, es parte de una lucha que recién empieza» (Entrevista a Juan Dávalos. *Nuestra propuesta*, 533).

<sup>118</sup> *La Nación*, 15/12/99.

que los manifestantes se implican en la toma de decisiones, en los alcances de sus reclamos, en la definición de quienes son: «Hemos demostrado que nosotros podemos administrar las cosas mejor que ellos, a pesar de que no somos tan letrados. Acá se resuelve todo por asamblea, nadie se queda con la plata de nadie, no necesitamos de los zánganos de la Intendencia. No sólo necesitamos trabajo, también necesitamos sacarnos de encima a los que nos han robado toda la vida»<sup>119</sup>.

La exclusión socioeconómica y política son dos de los componentes, quizás los principales, del marco interpretativo con el que se dota de sentido a la acción colectiva de cortar la ruta y que forma parte del proceso de construcción de la identidad colectiva de sus protagonistas. Ello no significa que quienes cortaron las rutas desde 1996 hayan buscado o deseado «intencionalmente» ser portadores de tal o cual identidad, ni que la agregación de individuos sobre esta o aquella ruta, y su posterior multiplicación en aquellas o estas rutas hubiera dado como efecto emergente un *nosotros* homogéneo. A lo largo del período 1996-2001 el proceso de construcción de la identidad piquetera implicó no sólo la difusión de una rutina de confrontación. Supuso a la vez la emergencia de numerosas organizaciones que, al hacer del corte de ruta una herramienta de lucha política, se disputaron el sentido de esa identidad colectiva.

#### CONCLUSIONES PARCIALES: CORTES DE RUTA Y MOVIMIENTO PIQUETERO

Una dimensión básica de la identidad piquetera resulta, si los argumentos presentados hasta aquí son convincentes, del proceso de identificación con el corte de ruta como modalidad de confrontación y de los marcos que le otorgan sentido individual y colectivo a la acción de cortar las rutas. Los cortes de ruta funcionan como espacios de auto comprensión<sup>120</sup>, es decir, como espacios de «subjetividad situada» que permite a los individuos participar en la definición del sentido —cognitivo y emocional, instrumental y expresivo— de una identidad individual y colectiva<sup>121</sup>.

---

<sup>119</sup> Reportaje a Estela, 'la santiagueña', de Tartagal, activista municipal y dirigente del corte de diciembre de 1999, en *Prensa Obrera*, 23 de diciembre de 1999.

<sup>120</sup> Brubaker y Cooper, ob. cit.

<sup>121</sup> En este sentido es interesantes cómo se describe -y se rememora- la vida en un piquete: «había tanto afecto que los compañeros estaban mejor que en su casa: se comía dos veces por día, la gente se juntaba y se decía las cosas, había un clima de ayuda y solidaridad permanente, alegría, música, socialización de la información, decisiones políticas conjuntas y había una perspectiva de dignidad» («Una escuela revolucionaria», entrevista a Juan Carlos Alderete y Luis D'Elía, *Nuestra propuesta*, 539, mayo, 2001).

Ahora bien, si la identidad se constituye en el marco de la acción colectiva podría tratarse de una identidad efímera cuya temporalidad se agota en el ejercicio mismo de la confrontación. ¿Se ha constituido efectivamente una identidad colectiva en el marco de los cortes de ruta? Los piqueteros son quienes cortan las rutas, pero ¿podemos hablar de algo más que de la multiplicación de una acción colectiva modular?

El estudio de los marcos interpretativos es un primer paso para explorar las respuestas que puedan darse a esta pregunta. De acuerdo con la perspectiva aquí empleada, a partir de los cortes de ruta se pone de manifiesto la emergencia de un movimiento social en tanto proceso de constitución de identidades colectivas por fuera del ámbito de la política institucional. También es posible aproximarnos a esta cuestión si consideramos que, a partir de los cortes de ruta, se constituyeron formas más permanentes de comunicación entre organizaciones dedicadas a la coordinación de los reclamos y las luchas. Desde las primeros cortes en Neuquén (1996) hasta la celebración de su I Asamblea Nacional (2001), la emergencia del movimiento piquetero fue consolidándose en la medida en que se articulaban las propias experiencias de los cortes de rutas. Si prestamos atención a ese proceso es más claro que la construcción de la identidad piquetera no es reduce *exclusivamente* a lo producido *en* los cortes de ruta.

Entre 1996 y 2001, la construcción de una «identidad piquetera» supuso un proceso que hizo del corte de ruta una *herramienta de lucha*. En varias entrevistas que realicé a militantes de organizaciones del movimiento, este aspecto apareció uno y otra vez:

Para nosotros... el piquete es una herramienta de pelea y punto, como es una olla popular, o una toma. Lo que puede dar la identidad es la pertenencia a un grupo y la lucha. Más que eso, no pensamos que se pueda formar una identidad a partir de una herramienta.

El proceso de construcción de la identidad colectiva se inscribe aquí en un horizonte más amplio que el de los cortes de ruta. Los cortes son una herramienta utilizada para obtener objetivos. La identidad colectiva, más que ligada a la utilización de dicha herramienta, se define por la pertenencia a un grupo, a una organización del movimiento.

Nosotros somos conscientes de que el movimiento de desocupados es transitorio, para insertarnos nuevamente en el mercado laboral. La única manera que los desocupados vuelvan a las fábricas es cambiando esta política...[n]osotros tenemos que comer salteado, los Planes Trabajar nos sirven para ir paleando la difícil situación que tenemos, pero también para ir organizándonos, por-

que muchas veces se habla de dignidad pero la dignidad comienza en si uno tiene para comer o no<sup>122</sup>.

[Los piqueteros] son fundamentalmente trabajadores que van encontrando *nuevas formas de organización*. Son trabajadores que han sido expulsados por el sistema de su participación en la industria y el comercio y que están en los territorios. Hoy la nueva fábrica es el territorio y en él florecen las organizaciones sociales que se ocupan de distintas cuestiones: pueden estar ligadas a la problemática de la niñez, de la alimentación, de la salud, de la educación y todas están cruzadas por un común denominador que es la cuestión del trabajo o, mejor dicho, la falta de trabajo<sup>123</sup>.

En este sentido, la construcción de la identidad piquetera resulta de un proceso complejo en el que la identificación con un tipo específico de confrontación —el corte de ruta— se combina con la activación repetida de relaciones que tienen lugar en el marco de las organizaciones del movimiento. El corte de ruta es uno de los espacios en los que se construye y se experimenta la identidad colectiva. También lo son el entramado de relaciones que hacen posible la confrontación: las asambleas en las que se vota la elección de portavoces, se decide cuándo terminan los cortes y se fija el contenido de los petitorios; el desarrollo de emprendimientos productivos; la participación en talleres de formación; las discusiones sobre qué se hace y cómo se distribuye lo obtenido a través de las luchas; los encuentros formales e informales entre los miembros de las diversas organizaciones del movimiento en los que se coordinan acciones conjuntas o se trazan estrategias para enfrentar la represión.

Los cortes de ruta, en efecto, funcionan como «círculos de reconocimiento» que reducen la incertidumbre de los individuos al proporcionar un sentido de pertenencia en el que anclar expectativas, definir intereses y compartir valores. Pero la estabilidad de estos círculos de reconocimiento se sostiene más allá del ejercicio episódico de la confrontación. De este modo, en el proceso de construcción de la identidad colectiva se articulan dos niveles: por un lado, aquel en el que se imponen las necesidades inmediatas y se ejercita el ritmo de los enfrentamientos mediante la acción colectiva en la ruta. Por otro lado, el nivel en el que se tejen, con un ritmo más lento, nuevas formas de organización social y política. En este segundo nivel, las organizaciones que componen el movimiento piquetero, a pesar de sus distintas tendencias y orientaciones políti-

<sup>122</sup> Alderete, *Documentos del Conflicto*, OSAL, ob. cit..

<sup>123</sup> *Revista Línea*, diciembre, 2000.

cas, funcionan como redes de contención efectivas para enfrentar algunos de los efectos del proceso de reformas del estado.

En definitiva, los procesos de construcción de identidades colectivas ligados a la experiencia de beligerancia popular en la Argentina de la segunda mitad de los 90, se desarrollan a través de tres vías: el ejercicio de una rutina de confrontación, la pertenencia a una organización del movimiento y la organización del movimiento como medio para librar luchas políticas. En este sentido, la emergencia de los cortes de ruta y la formación del movimiento piquetero desafiaron dramáticamente la pretensión hegemónica del discurso neoliberal. El futuro dirá hasta qué punto el proceso de construcción de una identidad colectiva vinculada a estas formas de organización social y beligerancia popular se traducirá en un movimiento político capaz de representar a los sectores populares.

#### MATERIAL DE PRENSA

Diario *La Nación* – [www.lanacion.com.ar](http://www.lanacion.com.ar)

Diario *Clarín* – [www.clarin.com.ar](http://www.clarin.com.ar)

Diario *Página 12* – [www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar)

Revista *Línea* – [www.revistalineas.com.ar](http://www.revistalineas.com.ar)

Nuestra Propuesta- Semanario del Partido Comunista.

#### DOCUMENTOS

OSAL, septiembre 2001, Documentos del Conflicto.

#### RESUMEN

Entre 1996 y 2001, en Argentina, se desarrollan dos procesos en el campo de la beligerancia popular: *a)* la emergencia del corte de ruta como forma de confrontación, y *b)* la creación y fortalecimiento de organizaciones que confluyen en el movimiento piquetero. En este trabajo se explora un marco analítico para comprender la relación entre «cortes de ruta» e «identidad piquetera». Se concluye que en este período la construcción de la identidad piquetera resultó tanto de la identificación con un tipo específico de confrontación —el corte de ruta— como de la activación repetida de relaciones en el marco de las organizaciones del movimiento.

## ABSTRACT

Between 1996 and 2001 in Argentina, there were two processes in the field of popular belligerence: *a*) the emergency of road blocking as form of contention, and *b*) the creation and strengthening of organizations that converged in the piquetero movement. My paper provides an analytical frame to understand the relation between «blocking roads» and the «piquetero identity». The conclusion is that throughout the period the process of construction of this identity was both a result of the identification with a specific type of protest politics —blocking roads— and of the activation of relations within the movement's organizations.

Melchor Armesto es licenciado en sociología por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es estudiante del Departamento de Sociología I (Cambio Social) de la Universidad Complutense de Madrid, donde está cursando su segundo año de doctorado.